

TRABAJO SOCIAL CON FAMILIAS: LOS ESTILOS FAMILIARES COMO INDICADORES DE RIESGOS, UNA INVESTIGACIÓN ETNOGRÁFICA

SOCIAL WORK WITH FAMILIES: FAMILY STYLES AS RISK PREDICTORS. AN ETHNOGRAPHIC RESEARCH

MIGUEL DEL-FRESNO-GARCÍA, SAGRARIO SEGADO-SÁNCHEZ-CABEZUDO
UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA. ESPAÑA

RESUMEN

En el ámbito del Trabajo Social con familias, la evaluación de la situación en la que se encuentran las familias es un paso necesario para diseñar un proyecto de intervención adecuado. Para ello, hay que tomar en consideración cómo afrontan la realidad las familias su propia autopercepción y el discurso que tienen sobre sí mismas, analizando sus modelos de interacción y sus dinámicas relacionales. En este artículo, presentamos los resultados de nuestra investigación sobre las narrativas de las familias españolas. La vinculación entre los estilos de vida familiar y riesgos específicos de exclusión social nos permite establecer un conjunto de estrategias que facilitan la intervención profesional de los trabajadores sociales.

PALABRAS CLAVES

Trabajo Social con Familias; Riesgos; Estilos de Vida Familiares; Narrativas; Etnografía.

ABSTRACT

In Social Work with families, the assessment of the family situation is a necessary step to design an appropriate intervention project. Related to this, several key factors must be taken into account, such as how families face reality, their own self-perception, and the discourses they construct about themselves. One way of analyzing these key factors is to pay attention to their patterns of interaction and their relational dynamics. This article presents the results of a research conducted on the narratives of Spanish families. The results show how the relation between family lifestyle and specific risks of social exclusion allows to establish a set of intervention strategies that facilitate the professional intervention of social workers.

KEYWORDS

Social Work with Families; Risks; Family Lifestyles; Narratives; Ethnography.

Recibido: 2012.06.06. Revisado: 2012.11.16. Aceptado: 2013.01.08. Publicado: : 2013.06.01.

Correspondencia: Miguel del Fresno García. Departamento de Trabajo Social. Facultad de Derecho. Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). C/ Obispo Trejo nº 2. Madrid 28040. Tfno. (00-34) 636670840. E-mail: mdelfresno@der.uned.es

INTRODUCCIÓN

Inmersos en una crisis económica sin precedentes, las familias se han constituido, de nuevo, como la última barrera que actúa como elemento de protección frente a los procesos de exclusión social. Pero no todas las familias actúan igual, ni tienen los mismos modelos de comportamiento. Desde la perspectiva del *Trabajo Social con familias*, es necesario afrontar los principales retos a los que se enfrentan las personas y las familias en nuestro contexto (Collins, Jordan y Coleman, 2007) con una triple finalidad: asegurar las fortalezas familiares, facilitar estrategias de afrontamiento y consolidar cambios concretos en el modelo de funcionamiento de unidad familiar (Segado, 2011: 33). Muchos procesos de exclusión tienen su origen en un problema concreto (desempleo, enfermedad, etc.) que no se gestiona de forma adecuada, que no se afronta, que distorsiona las relaciones familiares (Moreno, 2007). Para afrontarlos es necesario investigar en nuestra trayectoria vital como, por ejemplo, señala el modelo contextual (Boszormenyi-Nagy y Framo, 1965), donde la “familia es un entramado de relaciones éticas y significativas que establecen los miembros entre sí, en una secuencia larga, teniendo en cuenta a las siguientes generaciones” (Fombuena, 2011: 26). Tanto desde la perspectiva que se centra en los factores estructurales (Casares, 2008) y los problemas que hay que afrontar (Sánchez, Lorence y Jiménez, 2009), como desde la perspectiva que se centra en cómo los afrontamos (ambas son compatibles y se reclaman una a la otra), desde sus orígenes como disciplina científica el Trabajo Social ha tenido como objeto de investigación y de intervención a las familias multiproblemáticas (Wood y Geismar, 1989; Mora-Quiñones, Álvarez-Pérez y Álvarez-López, 2012).

MÉTODO

Desde hace años, llevamos a cabo un proyecto de investigación etnográfico en el ámbito del Trabajo Social con familias (López Peláez, 2010; Del Fresno, 2009, 2011a y 2011b; Segado, 2011, López Peláez y Segado, 2012) tomando como punto de partida un hecho indiscutible: la creciente heterogeneidad de las familias. La complejidad de las formas de vida familiares, la sociedad tan diversa y compleja en la que se generan, y la velocidad a la que se producen los cambios sociales, redefinen el ámbito tradicional del Trabajo Social con familias. Por ello, es ne-

cesario tomar en consideración la interpretación de la realidad de las propias familias, en la medida en que por medio de sus narrativas “se centran en la explicación de lo que hacen como actos dotados de pleno sentido y racionalidad de sus acciones, de su forma de estar en el mundo” (Del Fresno, 2011a: 250; Moscato, 2012).

Presentamos los resultados de la investigación etnográfica llevada a cabo sobre las familias españolas, y en qué medida y cómo los diversos estilos familiares se pueden presentar como predictores de riesgos. Se presenta a las familias como sujetos intencionales, y cómo las decisiones de las familias están condicionadas por su estilo familiar. Después se analizan los diferentes estilos familiares que hemos tipificado a lo largo de nuestra investigación. Y en las conclusiones se proponen estrategias para la práctica profesional.

Durante los últimos cuatro años (2007-2010) se han entrevistado a cien familias, con una duración aproximada de dos horas (entrevistamos al conjunto de los miembros de las familias en sus propios hogares y teniendo presentes a todos los miembros). La distribución de las entrevistas se realizó según nueve tipologías familiares, y una definida como no-familia (persona que vive sola): parejas sin hijos (14), parejas con hijos pequeños (14), pareja con hijos adolescentes (14), pareja con hijos jóvenes (14), familia con los abuelos en el hogar (8), familia de inmigrantes (7), parejas homosexuales (7), adulto con hijos (7), matrimonios mayores de 65 años (8), personas adultas que viven solas de manera voluntaria (7). La distribución de las entrevistas por clases sociales correspondió en un 50% a la clase social media media, un 20% a clases sociales media baja y baja, y un 30% a las clases sociales media alta y alta. Las citas entrecomilladas han sido extraídas de las entrevistas grabadas y transcritas, mostrándonos el discurso de las familias sobre sí mismas.

TOMA DE DECISIONES Y ESTILOS FAMILIARES

Las familias tienen que ser consideradas sujetos de sus propias trayectorias, y esto es más relevante, si cabe, en épocas de crisis. Precisamente por su capacidad de actuación y su adaptación al entorno, continúan siendo una institución social básica. “La institución familiar tiene una doble fuerza de resistencia y adaptación. Ha atravesado los cambios económicos y sociales que han hecho pasar a las sociedades oc-

cidentales del estadio de una economía campesina al de una economía industrial [...] la familia aparece como una institución flexible y resistente desde el momento que la consideramos desde una perspectiva histórica” (Segalen, 1992:20). Podemos presentar algunas cuestiones básicas en el debate sobre la institución familiar (Del Fresno, 2011a:19): a) en su sentido más amplio, es un fenómeno local y simultáneamente global; b) es tanto una experiencia particular, a la que ningún sujeto social se puede sustraer, y por otra parte, no se conoce sociedad donde la familia no aparezca como institución; c) toda persona tiene una idea propia derivada del sentido común y la experiencia directa con la que conforma su idea de qué es y cómo debe ser la familia y, al mismo, tiempo es un objeto recurrente de estudio científico; d) todas las religiones propugnan un modelo antropológico de familia, y pretenden mantener su influencia tradicional en la esfera privada de las personas, lo que al mismo tiempo entra en conflicto, en diferentes gradaciones, con las demandas de autonomía y libertad de elección de los individuos a la hora de conformar sus formas de vida familiar; e) el debate en torno a *la familia* aparece siempre lastrado de aspectos ideológicos donde los medios de comunicación forman parte de su viralización; f) se produce en toda sociedad una interacción asíncrona entre esfera pública (economía, política, leyes, etc.) y esfera privada; y g) una creciente pluralización de las *formas de vida familiar* desde el clásico modelo patriarcal hasta la familia homosexual.

Desde nuestro punto de vista, la familia puede ser estudiada como un *agente intencional* (Bergstrom, 1997:32; Pardeck, 2002) y capaces de desarrollar estrategias propias (Coleman, 1990). Así, todas las familias, independientemente del nivel de restricción que experimentan, “disponen de recursos y alternativas, que administran con su mejor voluntad para sacar partido a la escasez. Y en tanto que lo hagan es que adoptan estrategias” (Garrido y Gil Calvo, 2002:17). La experiencia profesional de los trabajadores sociales, en este punto, es que empíricamente no todas las familias logran la misma eficacia con sus estrategias, y el riesgo de adaptabilidad o disfuncionalidad social es variable. De esta forma, podemos entender el discurso de las familias sobre sí mismas, el contexto en el que debemos diseñar estrategias de intervención y los riesgos que se derivan, precisamente, de los diferentes estilos familiares.

A partir de las narrativas familiares y utilizando la imagen metafórica de un árbol, por debajo del nivel de la tierra, las raíces de la familia están asociadas con

aspectos clásicos considerados, de forma recurrente, por sus miembros como básicos e indispensables para el reconocimiento de *ser una familia*. Estos *conceptos raíz* de la vida familiar se presentan en diferente grado determinados por los estilos familiares. Podemos estructurarlos alrededor de: a) el sentimiento de co-pertenencia, b) la organización horizontal o vertical, y cómo se tiende a involucrar de forma negociada o incondicional a los miembros de la vida familiar en la toma de decisiones, c) el proceso dominante para la toma de decisiones (unilateral o con diversos niveles de consenso), d) la distribución de roles, su valoración, reconocimiento interno y nivel de aceptabilidad y asunción de los mismos entre los miembros, e) la diversa presencia y reconocimiento de modelos de autoridad basados en la jerarquía, el conocimiento o la experiencia vital, f) la aceptabilidad o no de la idea de sacrificio individual en beneficio del conjunto familiar, g) la imposición o elegibilidad de las relaciones, vínculos y relaciones dominantes establecidas como normales entre miembros, h) los valores admitidos sobre lo aceptable y no aceptable, e i) el grado de aceptación y reconocimiento de formar un conjunto identitario o no.

Por otra parte, existen otros conceptos más *añe*ros en función de los estilos familiares, como son: a) el respeto o impulso a la singularidad de los miembros o su acomodación a la identidad conjunta, b) la permisividad en la redefinición dinámica de las fronteras sobre los roles propios y compartidos, c) la viabilidad del hedonismo, conjunto e individual, en condiciones favorables una vez superadas situaciones que hayan demandado sacrificio, d) el interés compartido, o no, en hacer de la convivencia una situación estable y viable, evitando activamente o gestionando de forma eficiente el conflicto.

Por tanto, el estilo familiar condiciona la mayor o menor capacidad de gestionar el conflicto, la toma de decisiones y los niveles de consenso imprescindibles para garantizar la viabilidad de las formas de vida familiar.

ESTILOS DE VIDA FAMILIARES EN EL SIGLO XXI

Es evidente que no todos los estilos familiares tienen la misma presencia y relevancia social, ni hemos perseguido una aproximación cuantitativa de los mismos. Los resultados obtenidos en nuestra investigación han permitido identificar cuatro grandes estilos familiares dominantes. Si lo representamos visualmente (gráfico 1), el eje vertical, a la hora de comprender desde el sentido común el cambio his-

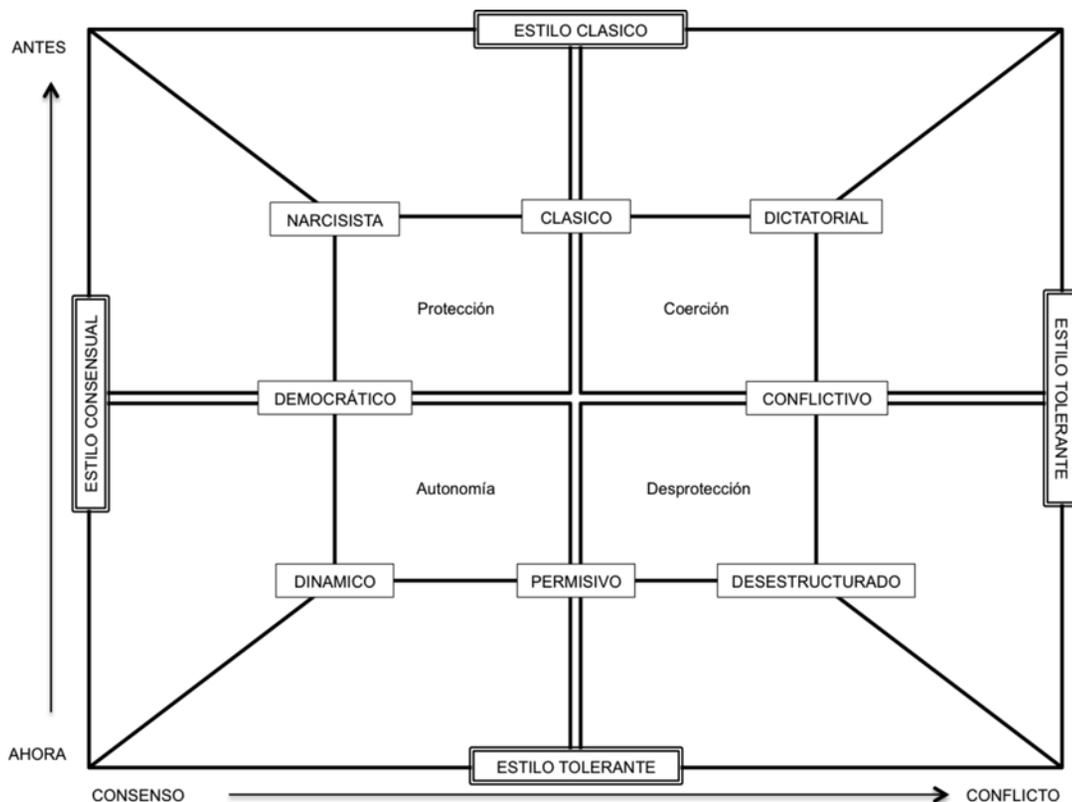
tórico de la idea social de familia se constituye entre un *antes* y un *ahora*. Lo que aporta una idea clara de cómo las familias desde sus narrativas identifican el cambio evolutivo en las formas de vida familiar a lo largo del tiempo (el *antes* corresponde a una zona temporal desde el inicio de la transición democrática hacia atrás en el tiempo y el *ahora* a una vivencia en primera persona de la realidad familiar). De igual manera desde las narrativas se presenta dos ejes en relación con los estilos familiares: el *estilo clásico patriarcal* y el *estilo moderno democrático*. Las narrativas de las familias también se organizan alrededor del mayor o menor éxito en la viabilidad de la unidad familiar; este aspecto discrimina el eje horizontal que estructura dos grandes dinámicas: el *consenso* y el *conflicto* que, a su vez, vertebran dos estilos: el *estilo consensual* y el *estilo conflictivo*.

A partir de los dos ejes y los cuatro estilos familiares básicos identificamos cuatro grandes categorías actitudinales: protección, autonomía, coerción y desprotección. Así, el *estilo clásico consensual* da

lugar a un modelo con un fuerte componente proteccionista donde cada individuo queda bajo el paraguas del grupo, “*la familia es, sin duda, lo primero; lo más importante*”. El *estilo clásico conflictivo* es el más tradicionalista y coercitivo coincidiendo con el modelo patriarcal ancestral. El *estilo moderno consensual* da lugar a un modelo donde se prima la autonomía favoreciendo el desarrollo de las individualidades dentro de la familia. Y el *estilo moderno conflictivo* da lugar a un modelo de desprotección debido a la excesiva permisividad.

La hibridación de los cuatro estilos familiares: clásico, tolerante, consensual y conflictivo, da lugar a cuatro estilos mixtos. Así la imbricación del estilo clásico y democrático da lugar a un *estilo narcisista*. La hibridación del democrático con el permisivo da origen al *estilo dinámico*. El eje conflictivo es tan fuerte que sea clásico o permisivo el conflicto domina sobre el estilo; en el primer caso daría lugar a un *estilo dictatorial* y en el segundo al *estilo desestructurado*.

Figura 1: Estilos familiares según las tipologías actitudinales de las familias.



Fuente: Elaboración propia.

Por un lado, se reproduce socialmente la pervivencia del modelo familiar de *estilo clásico* y no se trata siempre de un modelo patriarcal puro, sino transitando ya desde el paradigma patriarcal al moderno. Aparece asociado a una cierta nostalgia, más producto de posibles necesidades de certidumbres externas al individuo derivadas de pasadas certidumbres inerciales vitales como normas sociales evidentes que cumplir (noviazgo, servicio militar, trabajo, matrimonio, hijos...) que se han ido difuminando, al igual que ha sucedido con antiguos ritos de paso.

El *estilo moderno*, sea el democrático o el dinámico, este modelo familiar no presenta un patrón unívoco en las narrativas, no se percibe como un modelo ni claro ni evidente, puesto que aunque es identificado no es fácil de definir. Es percibido como un estilo en construcción, sobre el que hay pocas certidumbres, que ya está presente en la vida cotidiana, normalizado o como inevitable, *“los padres no lo entienden y no pueden cambiar, las madres es otra cosa, ellas evolucionan, se pueden poner al día”*, o *“ahora hay que estar siempre negociando las decisiones, o al menos discutirlo”* o *“a veces no sé qué es lo que tengo que hacer”* o *“si pienso en cuando era niño no puedo hacer lo que hacían conmigo, aquello ahora parece terrible y ahora no es aceptable”*. No obstante, y a pesar de una cierta falta de pautas evidentes en la praxis de los estilos democrático y dinámico son las dos grandes tendencias dominantes en el horizonte de las narrativas familiares. No existe una resistencia explícita a estos estilos, no parece haber dudas de que son los estilos más funcionales y los sujetos no parecen echar de menos sino ciertas evidencias o pautas en la praxis familiar del día a día al carecer de referentes socio estructurales evidentes.

Las desviaciones de la tendencia principal son los estilos *narcisista* y el *permisivo* puro. El estilo conflictivo se puede considerar como la parte de enfermedad social de la familia, agrupa al resto de familias patriarcales que no tienen acceso o no aceptan la disolución matrimonial y que convierten la violencia de género en la expresión de ese profundo conflicto de inadaptación a los cambios sociales y, sobre todo, los relacionados con los cambios en los roles de la mujer en la familia y la sociedad. Las familias arraigadas en el estilo conflictivo desprenden de sus narrativas que el conflicto puede deberse en gran medida a las consecuencias de la disolubilidad de los matrimonios y la creciente autonomía de la mujer, *“antes la mujer no se podía*

ir de casa, no tenía donde ir, aquello de estar en el hogar y en la cocina”, *“antes los hijos de divorciados en el colegio eran uno o dos, hoy ya hay tantos, es lo normal...”*, *“ahora en cuanto discuten una vez se divorcian, ya no aguantan nada, no saben luchar, tiene que ser fácil pero no es bueno”*.

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

EL ESTILO CLÁSICO Y SUS RIESGOS

La vida familiar dentro del *estilo clásico* presenta una clara ventaja para todos sus miembros: los valores dominantes y vertebradores de las decisiones del conjunto familiar como sujeto intencional son conocidos de antemano, son algo dado de forma estructural, una construcción social y asumidos de forma acrítica por todos los miembros de la unidad familiar. Los valores dominantes en este estilo familiar son: el deber, la unión, la protección, el cuidado, la normalización, la obediencia y la dependencia. Sus interrelaciones están marcadas por un fuerte sentimiento de jerarquía, que condiciona y facilita parte de la identidad a cada uno de los miembros de la familia. Es así como la familia se sobrepone y antepone al individuo, *“ser hijo o hija de..., te lo preguntaban siempre y así te situaban”*. Los roles se presentan con la misma claridad y evidencia que los valores organizados jerárquicamente de padre a madre, y de ésta a los hijos.

El padre es la representación de la autoridad, el cabeza de familia y el sustentador económico exclusivo del grupo. La madre es el ama de casa, no recibe remuneración monetaria por su trabajo y debe encargarse del cuidado y crianza además de gran parte del cuidado y la educación de los hijos. Los hijos nunca plantean una crisis de ruptura, incluso cuando han salido del hogar para fundar su propia familia siguen reconociendo la autoridad jerárquica y moral del padre, *“mi padre repite siempre que la familia es lo primero, y no estoy segura de que piense en mi marido, supongo que sí, sus hijos y sus nietos es lo que más le importa”*.

En definitiva, la unidad familiar de *estilo clásico* entendida como el *nosotros* está por encima de los intereses del *yo* participantes y la última palabra en la toma de decisiones la tiene el cabeza de familia. Todo apunta a que se trata de un estilo familiar en declive, no obstante, no son descartables retrocesos o involuciones que reactualicen parcialmente este estilo. Es el estilo más impermeable al cambio social en general.

Los principales riesgos que genera este estilo familiar tienen que ver con la afirmación individual de sus miembros. Muchos conflictos se derivan de la no aceptación, por parte de la esposa y de los hijos, de la autoridad paterna. A la vez, cualquier crisis en el empleo o las capacidades del padre de familia supone una ruptura del modelo, en cuanto su legitimidad como proveedor de bienes y servicios se deteriora. Por otra parte, la dificultad para lograr una legitimidad si se toman decisiones (por parte de los hijos) que no coinciden con el modelo de vida familiar, conlleva conflictos que pueden llegar a ser severos.

EL ESTILO DEMOCRÁTICO Y SUS RIESGOS

El protagonismo en este estilo familiar es detentado por todos los miembros que la forman y la autonomía de los mismos es la garantía de la cohesión flexible que garantiza su viabilidad. El proyecto conjunto familiar se readapta de forma constante para optimizar el equilibrio entre los miembros. Al mismo tiempo se busca la autonomía y la copertenencia, no existe la exigencia colectiva de anulación de parte de uno, como en el caso del estilo clásico, en beneficio del conjunto. La suma de las interacciones de los miembros de las familias produce un equilibrio estable basado en valores como la protección, la atención, el cuidado, la predisposición familiar sin renunciar a experiencias hedonistas, de disfrute, de bienestar personal sin la necesidad de sacrificio extremo mientras la situación no lo exija de forma inevitable. La toma de decisiones se basa en amplios consensos, se genera una autoridad distribuida aunque no necesariamente igualitarista entre todos los miembros, ya que dependerá de la edad de los hijos, aunque suelen estar involucrados con distintos grados de influencia, “*a los niños les tenemos en cuenta para casi todo lo que decidimos*”. Los problemas son afrontados en grupo, se considera vital el diálogo entre miembros como iguales, “*el ordeno y mando ya no vale, es algo del pasado, es más importante la autoridad que ordenar*”. Las concesiones derivadas de la comunicación y la negociación son la expresión de la tolerancia y la canalización hacia la maximización del bien común de la familia.

Este estilo familiar tiende a modelarse en los hogares aceptando que las formas o estilos familiares son libres, los consumos, las habitaciones personales, los ocios, gustos o espacios pueden ser compartidos o no en el tiempo y los espacios. Se presenta como un estilo equilibrado de organiza-

ción predominante entre las familias gracias a un menor número de miembros y a menos generaciones conviviendo en el mismo hogar lo que facilita el consenso y la agilidad en la toma de decisiones. En definitiva, aunque la reivindicación y autonomía del *yo* no se sacrifica, sobrevive un *nosotros* fuerte gracias a un equilibrio buscado de forma explícita y constante. En definitiva, estamos ante la equivalencia entre modelo social dominante y forma de vida familiar; se da una relación de vasos comunicantes entre valores democráticos aceptados socialmente y vida privada familiar.

Los principales riesgos asociados a este modelo tienen que ver con la capacidad de negociación que desarrollan los miembros de la familia, cuando las decisiones son muy opuestas entre sí. Hay que tener en cuenta que nuestras sociedades exaltan al individuo, y conforme nos entendemos más como sujetos autónomos y aislados, se tiende también a conceptualizar la interacción con los otros como un negocio, como una negociación y, en definitiva, como una cesión que coarta nuestra libertad.

EL ESTILO DINÁMICO Y SUS RIESGOS

El *estilo dinámico* es una evolución del estilo democrático con miembros más autónomos. El estilo dinámico se da en modelos de vida familiar donde encontramos afirmaciones en la línea de “*somos una familia que vive hacia fuera, más fuera que dentro*”, es “*la familia danzante, que no paramos en casa, todos activos*”. Sus miembros no necesariamente tienen horarios coincidentes, no suelen dominar las rutinas hogareñas, entran, salen, viajan y coinciden o no, viven sus vidas de forma paralela. El sentimiento de copertenencia persiste aunque no es el eje gravitatorio organizador de la familia. Tiene que ver más con coincidencias en las rotaciones vitales o momentos puntuales, rituales en los que se considera adecuado detenerse, tomar contacto informal o formalmente un número de reuniones rituales planificadas como forma de puesta al día: de la marcha individual y de los asuntos comunes.

Los sujetos insertos en este estilo familiar tienen y otorgan a los otros libertad y criterio propio para la toma de decisiones que, en este caso, se fragmentan y sólo en caso de potencial conflicto se negocian de forma conjunta. Se mantiene el valor del respeto, la tolerancia de las opciones y espacios de los otros. Son hogares donde se da un alto consumo de tecnología, “*en muchas compras somos early adopters, nos encantan las novedades y si las podemos comprar*”, y de los avances tecnológicos

en equipamiento del hogar (para reducir las tareas consideradas de menor valor y maximizar el tiempo disponible por parte de cada uno de los miembros como valor primordial).

Con el *estilo dinámico* estamos, probablemente, frente al siguiente estadio evolutivo del estilo democrático. Un estilo que, en épocas de crecimiento económico, da lugar a una familia volcada hacia afuera, donde las personas gozan aún de mayor autonomía dentro de la familia. Sin embargo, en las épocas de crisis económica, la individualidad se convierte en un coste, y tienden a reforzarse los lazos, buscando un mayor apoyo, y un aprovechamiento de los recursos disponibles. El mayor riesgo de este estilo de vida es el aislamiento y el reforzamiento de las trayectorias individuales, que conlleva una mayor vulnerabilidad al afrontar problemas que pueden llegar a ser estructurales (como accidentes laborales, situaciones de dependencia, desempleo prolongado, etc.).

NARCISISMO, PERMISIVIDAD Y RIESGOS ASOCIADOS

El *estilo narcisista* o sobreprotector se define a partir de la negación de los conflictos internos en la familia. Se trata de un estilo que externaliza la responsabilidad y la causa de cualquier problema experimentado hacia el exterior y los otros. Se podría hablar de la *familia hacia adentro*, un estilo que refleja un bajo perfil adaptativo a los cambios al negarlos o evitarlos. La toma de decisiones refleja la forma de afrontar los inconvenientes bien negándolos, bien considerando ser víctimas de errores externos o injusticias sin ejercer reflexión autocrítica alguna, “*nosotros no somos responsables de...*” o “*no tenemos la culpa si...*”, “*es por culpa de los profesores...*”. Las malas notas de los niños en el colegio, por ejemplo, es un problema de los docentes o del colegio; el fracaso educativos de los hijos no parecería un asunto propio del seno familiar sino externo, como se ha mencionado, o del hijo como individuo arrojado a alguna suerte de fatalismo. Los abuelos, los vecinos, los profesores, otros, son el referente diana explicativo de los desequilibrios dentro de este estilo familiar.

Junto a la externalización de las causas de los problemas aparece, simultáneamente, una disposición a cierto nivel de enfrentamiento fuera del hogar, como forma de sobreprotección de la unidad familiar. Se detecta en este estilo familiar una latente y sobredimensionada exigencia de derechos demandados a la sociedad, al Estado o “*el gobierno debería darnos...*” frente a una percepción dismi-

nuida de obligaciones. Se trata de un *nosotros* con altas dosis de pasividad e inercia frente a un *otros* a los cuales se les demanda de manera impropia o desmedida. Este estilo muestra un significativo grado de inmadurez social al caer en la dinámica permanente de atribución de las responsabilidades a terceros. Los riesgos asociados a este estilo familiar son diversos, pero el más relevante es la ausencia de una evaluación realista del entorno y, por tanto, un creciente riesgo de inadaptación.

Un segundo estilo desviacionista es el *estilo permisivo*. Como estilo puro presenta la completa oposición al estilo tradicional debido a la carencia de referentes a la hora de hacer frente a la toma de decisiones organizada por lo que la familia se diluye como sujeto intencional. La autoridad no existe bajo ninguna forma ni práctica ni simbólica desde la figura de los padres “*mis hijos no nos hacen caso, no obedecen, no...*”. Esta ausencia de autoridad se debe a una potencial dejación de responsabilidad de los padres y un temor entre psicológico y físico al conflicto con los hijos, lo que acaba por dejar en suspenso los aspectos educativos y postergando la toma de decisiones correctas, “*con tal de no discutir, de que no haya peleas, pues te acabas callando casi siempre*”. La inhibición paternal lleva a que los hijos tomen un control importante en la toma de decisiones familiares y no necesariamente de forma racional, sino con componentes volubles y cargados de visiones egoístas, “*¿por qué va a tener razón mi padre o mi madre si no entienden?*”.

Se trata de la desviación extrema de un comportamiento ingenuo por parte de los padres al querer jugar un rol impropio alrededor de la creencia de que “*los padres tenemos que ser amigos de nuestros hijos*”. Esto supone, en la práctica, una renuncia del rol del padre y madre como educadores y facilitadores de la socialización de los hijos. Los niños adquieren un poder impropio y los padres acaban siendo una presencia ausente, con la idea ilusa de que “*les damos mucha libertad*”. En este estilo el *nosotros* se sacrifica en pos de una ficticia armonía de los *yo* que, no obstante, se presentan con altos niveles de inmadurez personal y social. Se trata de un estilo familiar que tiene como consecuencia indeseada la desprotección de los miembros a favor de la satisfacción de las voluntades individuales, que pueden llegar a recurrir a diversos niveles de violencia verbal para conseguir sus objetivos, “*no tienes ni idea de lo que estás diciendo*”. En casos más extremos la violencia física puede ser el siguiente paso a la violencia verbal. Este estilo familiar falla

en la formación del vínculo entre individuos, familia y sociedad y representa una forma de libertad negativa, entendida como ausencia o carencias de límites, en oposición a una libertad positiva como la capacidad de desenvolverse en sociedad.

Los riesgos asociados son muy relevantes desde la perspectiva del Trabajo Social: falta de tolerancia a la frustración, violencia en las relaciones para conseguir objetivos, incapacidad para establecer acuerdos, y, desde la perspectiva de los menores, falta de habilidades para relacionarse con los demás.

EL ESTILO CONFLICTIVO Y SUS RIESGOS

El *estilo conflictivo* aparece como un estilo no predominante. Pero, desde la perspectiva del Trabajo Social con familias, junto con los estilos narcisistas y permisivos, es muy relevante, debido a su carácter potencialmente desestructurador. Tiene como aspecto positivo que suele estar presente, a pesar del conflicto, asociado tanto a la conciencia del mismo como a una estrategia, más o menos explícita, para superarlo. Lo que presenta familias con diferentes capacidades de adaptación y flexibilidad a la hora de afrontar el conflicto.

El estilo conflictivo se escinde en dos en función de la duración del conflicto: el eventual y el crónico. El *estilo conflictivo eventual* se da en familias con uno o varios miembros con graves problemas de salud o económicos. La reacción de la familia como sujeto intencional es poner en marcha el mecanismo conjunto que prioriza la cohesión y el abandono eventual de los objetivos individuales. Es la identificación común, o no, del objetivo de supervivencia lo que unifica las visiones y encamina la acción intencional de forma eficiente, “*ante una situación difícil, creo que cada uno sabe lo que se espera de él, lo que tenemos que hacer, es como un mecanismo*”. Cualquier *yo* pasa a un segundo plano o es suspendido de forma transitoria para garantizar la pervivencia del *nosotros*. Estamos, por tanto, frente a un conflicto constructivo para la familia en la medida en que reacciona de forma adaptativa.

Frente a este aparece el *estilo conflictivo crónico* como el modelo familiar que no consigue reaccionar y crear una estrategia adaptativa. Los síntomas de la existencia de esta forma de vida familiar se encuentran en los medios de comunicación en la sección de sucesos: violencia de género, violencia entre padres e hijos, entre hermanos, abusos físicos y sexuales, delitos entre menores, abusos sexuales en el hogar, etc. Se trata del conflicto destructivo

simultáneo del *yo* y del *nosotros*. Esta tipología supone una dificultad doble para la investigación ya que arrastra un fuerte componente de estigmatización y marginalidad social como, además, la resistencia a la conciencia de identificarse como tal grupo, lo que siempre dejará en una zona opaca a estas familias.

CONCLUSIÓN

Como hemos mostrado es necesario evaluar los estilos familiares como paso previo para diseñar una intervención social adecuada, en el ámbito del Trabajo Social con familias. La salud de las familias se puede medir, en gran medida, por su eficiencia interna como sujeto intencional en su toma de decisiones hacia el exterior y como palanca mediadora entre individuos y sociedad. Las familias son adaptativas, integradoras de problemas, flexibles, capacitadoras frente y para la vida social, los lugares idóneos para gestionar los conflictos y decodificar y recodificar el cambio social. El principal valor para las familias es la familia en sí misma. Los estilos familiares y las formas de vida familiar plurales son la consecuencia de los cambios adaptativos de las propias familias en un doble movimiento de resistencia y adaptación a los cambios en todas las esferas de la vida familiar pública y privada. El diferente éxito en esta doble función y el estilo dominante en cada forma de vida familiar determina el potencial riesgo social de cada familia. Desde la perspectiva del Trabajo Social con familias, una tipología como la propuesta permite, por un lado, favorecer el proceso de evaluación de cada familia, y de su entorno. Por otro, en función de las similitudes que cada familia guarda con los modelos propuestos, podemos establecer estrategias de capacitación para que incorporen pautas de interacción que permitan afrontar mejor sus oportunidades y problemas

Tabla 1: Trabajo Social con familias: estilos familiares, riesgos y estrategias de intervención social

Estilos de vida familiar	Riesgos	Estrategias de intervención
Conflictivo	<p>Aumento de casos en situación de declive económico. Desplazamiento de familias desde otros estilos hacia el conflicto (temporal o permanente). Dinámicas destructivas si se cronifica el conflicto. Violencia física, psicológica y abusos Estigmatización social.</p>	<p>Toma de conciencia de los problemas reales. Acuerdo colectivo en la necesidad de solución de conflicto y compromiso en una solución. Segmentar estrategias a corto, medio y largo plazo.</p>
Permisivo	<p>Déficit relacional con el entorno. Incapacidad para la negociación y el acuerdo. Recurso a formas de violencia como forma de conseguir objetivos individuales. Intolerancia extrema a la frustración. Análisis defectuosos de la realidad y tendencia a externalizar todas las propias responsabilidades. Incapacidad para discriminar lo importante de lo anecdótico.</p>	<p>Asunción de la necesidad de asumir el control de los problemas como propios. Desarrollo de capacidades auto-críticas. Establecimiento de pautas de consenso sobre objetivos realistas en el grupo. Aceptación de las decisiones colectivas en el plano individual.</p>
Narcisista	<p>Creciente conflictividad como defensa de la individualidad o el debilitamiento de la jerarquía. Incapacidad para la autocritica, y externalización de toda responsabilidad. La violencia psicológica como sistema de control del orden y autoridad. La resistencia al cambio puede provocar disfuncionalidades de importancia.</p>	<p>Identificación y asunción de las propias responsabilidades. Desarrollo de sentido autocrítico. Identificación de cualquier forma de violencia como perjudicial para el individuo y el conjunto. Estrategias adaptativas al cambio evitando la negación de la realidad y del cambio mismo.</p>
Dictatorial	<p>Anulación de la autonomía individual. Incapacidad para la autoevaluación tendencia a formas de aislamiento social. La anulación de la individualidad no garantiza la identidad grupal y el debilitamiento de la copertenencia. Incapacidad grupal para afrontar las dificultades de manera eficiente. Sobredependencia del sistema jerárquico, un fallo en esta perjudica a todos.</p>	<p>Distribución de responsabilidades. No imposición unilateral de las decisiones.Revitalización del sentido de pertenencia mediante la valoración de todos los miembros.Reconocimiento de los logros individuales como logros del conjunto.</p>
Dinámico	<p>Pérdida del sentido de copertenencia y debilitamiento de la cohesión interna. La suma de la individualidades puede ser insuficiente para la gestión de las dificultades. Aislamiento y pérdida de alguno de los integrantes del grupo familiar. Alta vulnerabilidad frente a cambios socioeconómicos y cambio a estilos narcisista, permisivo o destructivo.</p>	<p>Cohesión familiar por medio del sentido de copertenencia e integración de todos los miembros.</p>
Democrático	<p>La equipotencia de los miembros en las decisiones no garantiza la elección de la mejor decisión.La aparición del consenso como negociación entre egoísmos y no como el mejor acuerdo posible.</p>	<p>Acuerdos basados en el conocimiento, la experiencia de los miembros y el consenso sobre la mejor decisión para todos los implicados.</p>

Fuente: Elaboración propia

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bergstrom, T. C. (1997). A survey of theories of the family. En M. R. Rosenzweig y O. Stark, (eds.), *Handbook of Population and Family Economics*. New York: Elsevier.
- Boszormenyi-Nagy y I., Framo, J.L. (eds.) (1965). *Intensive Family Therapy*. New York: Harper and Row Publishers.
- Casares, E. (2008). Estudios sobre el cambio en la estructura de las relaciones familiares. *Portularia. Revista de Trabajo Social*, 8 (1), 183-195
- Coleman, J. (1990). *Foundations of Social Theory*. Cambridge: Harvard University Press.
- Collins, D., Jordan, C. y Coleman, H. (2007). *An Introduction to Family Social Work*. Belmont, C.A.: Brooks/Cole.
- Del Fresno, M. (2009). La familia: De la reproducción al consumo; en Sociedad y Tecnología, pp. 215-223, Asociación Madrileña de Sociología, Madrid.
- Del Fresno, M. (2011a). *Retos para la intervención social con familias en el siglo XXI. Consumo, ocio, cultura, tecnología e hijos*. Madrid: Trotta.
- Del Fresno, M. (2011b). Familia y crisis del matrimonio en España. *Studia Europaea Gnesnensia*. Instytut Kultury Europejskiej. Uniwersytet im Adama Mickiewicza, Poznań, Poland, pp. 79-94.
- Fombuena, J. (2011). Un estudio de las familias de origen de los y las trabajadoras sociales desde el modelo contextual. *Comunitania. Revista Internacional de Trabajo Social y Ciencias Sociales. International Journal of Social Work and Social Sciences*, 2, 23-37.
- Garrido, L. y Gil Calvo, E. (2002). *Estrategias familiares*. Madrid: Alianza Editorial.
- Mora-Quiñones, N., Álvarez-Pérez, P. y González-Vélez, M. (2012). Diversidades familiares vinculadas a la inmigración. *Portularia. Revista de Trabajo Social*, 12, Addenda, 57-60.
- <http://dx.doi.org/10.5218/prts.2012.0005>
- López Peláez, A. (ed.) (2010). *Técnicas de diagnóstico, evaluación e intervención social*. Madrid: Universitat.
- López Peláez, A. y Segado, S. (2012) Empowerment and social work with families. En A. Moreno Mínguez (coord.), *Family Well-Being: European Perspectives, Social Indicators Research Series*, 49, 290-305. New York: Springer
- Moscato, G. (2012). Familias Interculturales en España: análisis de la satisfacción vital. *Portularia. Revista de Trabajo Social*, 12, Addenda, 35-43.
- <http://dx.doi.org/10.5218/prts.2012.0004>
- Moreno, A. (2007). *Familia y empleo de la mujer en los regímenes de bienestar del sur de Europa*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Pardeck, J. T. (2002). *Family Health Social Work Practice: A Macro Level Approach*. Wesport: Auburn House.
- Sánchez, J., Lorence, B. y Jiménez, L. (2009). Un análisis de los sucesos vitales estresantes experimentados por adolescentes que crecen en familias usuarias de los servicios sociales comunitarios. *Portularia. Revista de Trabajo Social*, 9 (1), 115-126.
- Segado, S. (2011). *Nuevas tendencias en Trabajo Social con Familias. Una propuesta para la práctica desde el empowerment*. Madrid: Trotta.
- Segalen, M. (1992). *Antropología histórica de la familia*. Madrid, Taurus.
- Wood, K.M. y Geismar, L.L. (1989). *Families at Risk: Treating the Multiproblem Family*. New York: Human Sciences Press.